

Objetos Frágiles

Eduardo Samano



Image not found.

Capítulo 1

Las mariposas se han ido

Llovía a chorros, la tempestad se estrellaba en contra de mi cuerpo estremeciéndolo y yo permanecía ahí. Ahora que lo recuerdo se crea dentro de mí un sentimiento de imposibilidad, de fantasía, estoy seguro de que no habría estado debajo de aquel torrente de agua llamado lluvia por nada del mundo pero lo recuerdo a la perfección, estaba ahí, de pie, delante de él, mirándolo a través de las gotas que chocaban contra mis ojos, con las ropas empapadas y el corazón tiritando de frío.

No es que recuerde mucho de la conversación puesto que mi memoria es más fotográfica que verbal pero estoy seguro de que mi imaginación juega continuamente con las palabras, creando distintas versiones del momento que nos llevó a mirarnos estoicamente bajo la lluvia y del instante en que los dos comenzamos a caminar en direcciones distintas para nunca más volver a encontrarnos en el mismo lugar.

Como si fuera un pacto así ha ocurrido, intento no pasar por aquella zona en días nublados y mucho menos el día 18 de cada mes. Al principio mi inconsciente, supongo, lo hacía para evitarme una arruga más en el corazón, ahora es la costumbre la que se adueña de mis pasos en esos días y me mantiene alejado de la calzada de cantera protegida por los enormes árboles que le dan un aspecto de túnel natural que solo los inhumanos y nada románticos pueden no observar.

Algo que sí recuerdo es el suave viento acariciando las hojas de los árboles, provocando unos extraños susurros que te mantienen con los ojos cerrados y respirando a profundidad, como si lograras inhalar esa sinfonía natural. A veces uso ese recuerdo cuando necesito tranquilizarme, cierro los ojos y evoco la brisa a través de las altas copas verdes, respiro de nuevo el olor a tierra mojada que trae consigo y luego abro los ojos con rapidez, porque luego se desató la tormenta y yo me encontré mezclando mis lágrimas con las gotas de lluvia.

La vida no me preparo en ningún momento para dicha experiencia. Digamos que no hay nada que te vuelva impermeable en aquellas circunstancias, después de vivir tu primera ruptura amorosa, tu primer fracaso si uno se anima a llamarlo así, todo parece más claro y más vívido, es como si acabaras de subir una enorme montaña y desde arriba

todo te pareciera más simple debido al esfuerzo que has hecho, pero aún te queda el camino de bajada y si la subida la has podido sufrir y a la vez disfrutar por los descansos que te has tomado para admirar la vista, pues en el camino hacia abajo no hay sendero que te marque la ruta a seguir, eres tú mirando por donde pisas y esperando no tropezar, aunque claro, la mirada suele engañarte y te hace tropezar, eres tú probando que no puedes confiar en lo que ves aunque tampoco hay que confiar demasiado en lo que sientes, al final de cuentas tenías al corazón por guía justo antes de comenzar el camino de regreso a donde empezaste.

Mi camino de subida fue increíble. Todo ocurrió de pronto, como si la montaña hubiera venido a mí, se mostraba encantadora, llena de retos y sorpresas pero con la promesa de ser el mejor trayecto de mi vida. Y claro que lo fue, subía sin tener que descansar, mis pies parecían amoldarse al piso como si fuera siguiendo un par de huellas que había dejado ahí hace tiempo. La vista mejoraba con cada paso y el aire se volvía más limpio y el cielo casi era tocado por mis dedos, que días aquellos en que me adueñaba paso a paso de un territorio inexplorado para mí, pero la cima se acercó y ni siquiera lo noté, de pronto me encontré caminando horizontalmente, la vertical de la montaña se había terminado y aquí estaba yo, sin poder ir más arriba, caminando, si es que no me detenía a ponerme algún reto más, hacia abajo, hacia la pérdida de todo lo que había conseguido.

Por eso lloraba y por eso sorbía la lluvia y mis lagrimas aquella tarde. Porque me negaba a perder lo que con tanto esfuerzo había conseguido, no quería perder la vista que tenía, ni la pureza del aire ni siquiera la libertad con la que me movía en aquella cima. Pero así es la vida y realmente no se puede ganar aquello que nunca ha estado en juego.

Como decía no recuerdo con exactitud que nos había llevado a recorrer ese largo paseo adoquinado, aquella calzada que se abrió paso sin miramientos en el paisaje de modernidad con el que ahora se vestía la ciudad. Nunca caminamos tomados de la mano, nunca era necesario, como no eran necesario el robar las miradas de los demás transeúntes al momento de robarnos un beso o de intercambiar una sonrisa. Eramos lo que parecía una pareja feliz.

- Deberíamos detenernos ¿no crees?

Me detuve y lo miré, algo en él había cambiado.

- Como quieras.

Y caminamos un poco más hacia una de las bancas que delimitaban la calzada. Ahí sentados debo haber presentido que algo pasaba porque extendí mi mano para tomar la suya y apretarla, pero él la hizo a un lado

y comenzó a morderse los labios, el tiempo comenzó a hablar.

- Quiero contarte algo, aunque creo que no es el momento ni el lugar pero es algo importante para mí.

Sí, el tiempo perdía fluidez, yo parecía intentar moverme dentro de una gelatina, por lo menos así comenzó a sentirse por lo que opté por quedarme quieto y tan solo mirarlo sin más.

- Sabes que te quiero y que nunca he sido bueno con las palabras, también sabes que prometí ser sincero y siempre lo he sido, y aunque sé que lo que diré te puede dañar es necesario que te lo diga porque me importas.

La gelatina que me rodeaba pareció tomar una textura gomosa, algo más dura, me oprimía el pecho.

- De un tiempo para acá siento que algo ha cambiado, no me siento como antes contigo, ya no me pones nervioso ni tengo esa emoción que me acelera el corazón cuando pienso en ti o cuando te voy a ver, no sé si estoy confundido y simplemente requiero de un tiempo para recuperar lo que teníamos, creo que necesito tiempo sin ti.

La canción del viento cobró intensidad, se volvió violenta y dentro de mí algo comenzó a temblar, como si la gelatina exterior hubiera sido absorbida por mi interior y ahora comenzaba a cuajar dentro de mí. Seguía callado, mirándolo morderse los labios mientras clavaba sus ojos en mí, pude haberlo maldecido por esos ojos que dejaban reflejar no la confusión que en su interior lo acosaba, sino la pena que sentía por mí.

Mis manos temblaban y mi mente se pobló de mil imágenes y palabras diferentes: todo esto es una etapa, ya no me quiere, si lo dejo ir no regresará, encontró a alguien más...

No recuerdo como me encontré parado delante de él en mitad de la calle, mis piernas temblaban, todo mi ser hecho gelatina, en el exterior ahora se respiraba la libertad, el viento azotaba con fuerza los árboles y el olor de la tierra mojada golpeaba mi pecho a cada respiración. Él ahora me miraba con tristeza, sabía que me rompía el corazón y estoy seguro que eso le causaba cierto dolor, no tanto como a mí estoy seguro.

Lo quise tomar de las manos pero se hizo hacia atrás, el cielo gris se rasgó con un relámpago y mis manos intentaron tocar su rostro pero de nuevo se alejó de mi gesto.

Observé mis manos temblando mientras permanecían flotando a medio camino de él, sentí una punzada de dolor en el pecho y mis ojos, al igual

que las nubes, explotaron en gotas de agua.

Ahora que revivo la imagen creo que debo agradecer a la Madre naturaleza el haber desatado la tormenta justo en aquel momento, haber preparado todo un espectáculo de luces y sonidos para difuminar un poco mi reacción. Que de no haber sido por la tormenta, hubiera sido toda una muestra de balbuceos y patetismos que no venían al caso.

Si pudiera recordar las palabras estoy seguro que serían una mezcla de lo típico que se dice en esas situaciones: un poco de pero yo te quiero con dos cucharadas de te voy a esperar una pizca de puedo ayudarte a superar tu confusión y para el toque final hago lo que quieras pero por favor no me dejes que viene a cerrar con broche de oro la escena tristemente célebre de la mayoría de las rupturas.

La escena es confusa, yo lloro lo que en ese momento parecen ríos resbalando por mis mejillas, él me mira con pena y tristeza, intento abrazarlo, abalanzándome sobre él, me detiene, estoy a punto de caer de rodillas y rogar y él acaba haciendo lo mejor que pudo hacer, se despide y camina en sentido contrario, dejando mis rodillas a medio camino del piso pero salvando mi dignidad de caer por los suelos. Lo observo durante lo que parece una eternidad, el tiempo acabó por detenerse y yo temo que nunca más vuelva a andar.

¿Cuándo comencé a bajar la montaña? Cuando comenzó la vida sin él, cuando por varios días esperé que regresara o recibir algún mensaje, alguna señal que también está sufriendo, de que le duele tanto como a mí o a lo mejor no tanto pero por lo menos que demuestre que le ha costado tomar la decisión de dejarme. Pero nada ocurre y en mis momentos de desesperación la dignidad no me detiene e intento de nuevo extender mis manos hacia su rostro que en momentos como aquel se vuelve extrañamente nítido.

De pronto el tiempo comienza a andar sin previo aviso, mañanas tardes y noches comienzan a sucederse en el mismo orden de siempre y mi tortura se acrecienta con el ir y venir de las horas marcadas con el endemoniado tic tac del reloj. Alguien intenta enseñarme a vivir de nuevo, otros desestiman mis demandas como si no fuera suficiente sustentarlas en un corazón destrozado. Pocos son los que se animan a permanecer al margen, no remover el mar de aguas turbias en que se han convertido mis sentimientos. Días vienen y yo poco a poco me voy en ellos.

Ver sus fotos y esperar saber de él, darle un trago al tequila y cantar desgarrando la garganta mientras intento reconstruir lo que aún no acabo de derrumbar, voy y vengo, me ahogo y revivo, aprendo a nadar y se me olvida como navegar. La memoria juega conmigo recordando pedazos de días pasados, escenas pintadas ahora de sepia que hace poco eran rosas. Y los ojos hinchados que preocupan a mi madre, ella también me ve con

pena y con tristeza, casi apuesta su corazón por salvar el mío, me abraza y borra en esos instantes todo el mundo, solo existimos los dos, ella sufriendo por mí y yo sintiendo el calor de su pecho y queriendo despertar de todo aquello.

Así voy tropezando y mis pies se aferran al piso debajo de ellos. Así voy bajando la montaña que en otros días parecía tan gloriosa y hoy más parece un camino de zarzas que un paseo en domingo por la mañana.

¿Cuándo llegué de nuevo al valle donde comencé? Cuando lo volví a ver por culpa del azar, me miré reflejado en sus ojos y aunque el corazón dio una especie de respingo, las mariposas ya se habían ido.

Capítulo 2

Juegos de Azar

De repente el olvido era un juego de niños, un *piedrapapelotijera* con sólo dos opciones y tantos matices que lo desmotivó, prefirió amarla a escondidas, calladamente, cómo nunca lo había hecho. Estaba acostumbrado a gritar cuando el amor lo inundaba al romperse el dique que lo contenía, esa razón que le decía, susurradito, *cuidado, no te dejes llevar tan rápido, piensa y siente, despacio* y a la que le hacía caso algunas veces, la mayoría de las cuales se encontraba tendido de espaldas sobre su cama, mirando en el techo cada grieta, cada mancha de humedad que se iba abriendo paso en aquella habitación derruida, cómo un brazo lánguido de un cuerpo cansado. Recorriendo con su mirada las grietas, las iba tejiendo en un mapa de valles y colinas, de altos y bajos, de felicidad y de tristezas; *siente con la mente, se repetía, deja de lado el romanticismo, deja de buscar significados en sus palabras que te sirvan para seguir anclado en sus bahías*. Canto de sirena eran sus palabras, sus juramentos de amor por siempre, de nunca dejarlo y él, débil, romántico, desgastado de tanto pensar, pedía a gritos la ayuda de Ulises para ser amarrado al mástil de su conciencia... *no me dejes caer en la tentación... amén*.

Sí, el olvido era un arma de doble filo con la que más valía no hacer trucos de equilibrio, de circo. Y de doble filo también eran sus palabras, pasaban de ser una provocación insistente de vivir con ella a una canción de cuna, a una nana que acompañaba su cadencia con el ritmo frágil pero seguro de sus caderas *pon tus manos aquí* y sus manos descansaban sobre su cintura mientras ella se movía; *ahora ponlas aquí* y le deslizaba las manos hasta sus pechos, ella sonreía al sentir contra su sexo el sexo de él creciendo. Y seguía moviendo sus caderas en una danza de muerte y vida, de renacimiento y él solo se dejaba llevar por el ritmo, por el movimiento de sus cuerpos apretados, y sus manos se ceñían a sus pechos y ella sonreía y estiraba su cabeza hacia atrás, dejaba caer el cabello, negro, suelto, libre, mostrándole su cuello, dejándole ver el palpar de su corazón en esa arteria que le recorría el cuello y él, él olvidaba el ritmo, perdía el paso y trastabillaba encima de su cuerpo y ella reía, lo hacía a un lado *volvamos a empezar, pero esta vez no pierdas el ritmo por favor...*

Te juro que lo intento, intento quedarme callado y no gritar que te quiero, intento seguir tus pasos, fusionar mi cadera con la tuya, entender esa canción que llevas por dentro y que me enloquece, te juro que por ti hago todo lo imposible y ella lo miraba, impávida, serena y salía corriendo de su

vida, dejando la estela de su cabello suelto. Pronto regresaba, aunque el tiempo para él pasaba lento *pronto regresará como siempre*, como hasta ahora y permanecía sentado en la silla raída o caminando en círculos hasta desgastar aún más la madera del piso que crujía dolorosamente. A veces confundía dicho sonido con el quebradero de su corazón y la razón lo señalaba desde una esquina de su cuarto, el dedo crecía como la culpa de negarse a olvidarla, se acercaba justiciero y apretaba su pecho, le quitaba el aliento y solo podía llorar, llorarla.

Alguna vez quiso salir corriendo detrás de ella y no lo logró, temió perderse en los laberintos insondables de sus huidas, encontrar, por fin, al minotauro llamado adiós... *no volveré, te lo juro por Dios que me mira...* sabía sin embargo que tenía que hacer algo para mejorar su situación, la habitación se derrumbaba poco a poco y él no podría permanecer por siempre encerrado ahí, esperando que ella volviera como siempre, con el cabello enredado, la piel pegada al hueso, los labios secos, los ojos muertos... *y volver volver volver a tus brazos otra vez...* Así que se decidió a olvidarla, lanzó muchas veces un dado, número impar la olvidaba, número par le aguardaba un poco más. Jugó cartas y apostó hasta el último pedazo de conciencia, perdió al no poder acabar en el quinto intento la partida de solitario. Al fin se decidió por lanzar una moneda, cara la olvidaba, cruz se quedaba encerrado aunque tuviera que sostener con sus propias manos el techo que lo cobijaba. Dos opciones que no le parecieron suficiente o que a lo mejor eran demasiadas. Mejor amarla que perder en su propio juego.

Así que a escondidas comenzó a amarla y aquel cuarto se le convirtió en jaula, en buhardilla y apenas alzaba la cabeza para mirar por fuera de ella, refulgiendo sus grande ojos amarillos, felinos, al acecho, esperando que regresara aunque si no lo hiciera no habría problema, seguiría amándola, debajo del tronco derruido en mitad del bosque, detrás de un periódico leído al revés, de unas gafas oscuras con un abrigo negro en tiempos de clima imprecisos. Sería un orificio en la pared detrás de un cuadro de un paisaje imaginado por un artista, sería el alma que observa detrás de los ojos de un animal disecado; sería, por fin, un hoyo en la tierra esperando por su Alicia, podría convertirse en conejo y atraerla pero siempre fue malo con los disfraces. Si nada de esto funcionara podría colocar trampas para osos y si no fuera suficiente, ya cansado de ese amor abnegado, al final, decidiría salir a su encuentro, hacerse a la mar y encontrar a su ballena blanca, atraparla, hacerla suya, no dejarla ir.

Lo que él no sabía era que con engaños o sin ellos, sin trampas o disfraces, ella siempre volvía porque también jugaba a sus propios juegos de azar, inventando siempre reglas que le permitieran no regresar. Infructuosamente lanzaba piedras a un lago jurando que si rebotaba cuatro veces sobre la superficie ella regresaría a él, y las piedras rebotaban hasta seis veces, borrando la duda del mensaje. Escondía su apuesta escrita en un papelito amarillo debajo de un número de la ruleta y

la ruleta siempre acertaba. Así que regresaba con lentitud y escondía su desasosiego debajo de una sonrisa fingida, ocultaba sus palabras de rechazo en una melodía de tonos inconexos, rayaba su tristeza con uñas de mármol la pizarra de su desencanto. Intentaba quererlo. Intentaba sentir algo por aquel hombre que le otorgaba su corazón pero nada nacía en ella; su alma era un terreno infértil para dicho sentimiento, un llano seco y polvoriento, habitado solamente por un sol abrazador que le quemaba el día a día. Regresaba, sí, pero no regresaba completa, uno nunca regresa completo a los lugares que nos consumen. Dejaba en cada regreso la mejor parte de sí escondida junto a las piedras que yacían en el fondo del lago. Era como si esperara que alguien se animara a recorrer las veinte mil leguas de viaje submarino para recuperarlos, para volverla a armar.

Después se imaginaba como un golem, hecho de distintas piezas, chueca, sin forma, armada por alguien que no conocía las instrucciones para ordenarla, para reconstruirla. Y se reía fuertemente, con su risa de mantis religiosa después de devorar al macho. Se observaba en el espejo, reflejada en cientos de pedazos rotos, una ninfa de Picasso, una mancha de colores sin forma, un fractal reducido, como siempre, a la mínima parte, a la constante repetición de sus cóncavos y convexos. Y triste cantaba para él, rasgaba en su garganta la súplica que la ahogaba y sin saberlo, se encontraba bailando con él, llevando sus manos a sus pechos, estrechando su sexo con el suyo, en un juego también pero esta vez esperando que éste los uniera... Pero resbalaba sobre su cuerpo y ella reía, reía su desgracia y volvía a comenzar la danza de aire, de corazones secos y vacíos.

"Vuélveme tempestad anhelaba gritando al cielo empújame contra los confines del mundo, deja recorrer las calles de esquinas sucias, barrerlas con mi cabello, deja besar las mejillas sucias por donde se corre el rímel de las putas que las habitan, deja convertirme en una de ellas, deja vender éste cuerpo que ya no me pertenece, ni a él, ni a ti, ni a mí, a nadie"... ni para ti ni para el diablo... Suplicando se dormía al lado de él, que la buscaba por debajo de las sábanas, que la apretaba contra su cuerpo mientras se hundía en la fragancia de su cabello negro.

Y soñaba que corría libre por campos verdes bajo cielos azules veteados de nubes blancas, con su piel brillando bajo un sol dorado, respirando el olor a libertad pero luego el sueño se volvía noche y las estrellas no aparecían, el cielo se apagaba y la hierba se secaba al tocarla, la tierra se agrietaba bajo sus pies y la brisa no soplaba más temiendo deshacer la superficie sobre la que ella se sostenía. Aguantaba la respiración como si debajo del agua se encontrara, apretaba las manos al cuerpo, sentía moverse algo sobre su piel y apretaba los puños y los ojos y el ser se imponía, la recorría de arriba abajo impregnándola de su sudor viscoso.

Otras veces soñaba que se volvía mariposa y visitaba infinidad de jardines llenos de flores de colores, besaba sus pétalos y absorbía su néctar. Era pájaro, era gaviota surcando las brisas del mar... en el mar la vida es más sabrosa... Vivía en sus sueños días inventados, vidas imaginadas hasta el menor detalle, lo que fuera necesario para soportar el despertar al lado de ese hombre que la tenía contra sus deseos, girando alrededor de él, como una triste luna orbitando, sin remedio, a su verdugo.

En cambio él soñaba que se encontraba con una enorme piedra gris, se acercaba a ella y al tocarla ésta comenzaba a tomar una forma distinta. Siguiendo la caricia de su tacto la piedra se fue convirtiendo en una representación de aquella mujer que dormía a su lado. Sus caderas se reflejaron con una cadencia natural, sus cabellos imitaron los de ella al moverlos el viento, sus manos, su rostro, su cuello... sus ojos... Era Pigmalión en sueños, convirtiendo la inerte piedra en su obra maestra, en su amante... Despertaba y la abrazaba con fuerza, estremeciendo su cuerpo que aún dormía y le susurraba al oído palabras de amor... *nevermore*.... para despertarla suavemente y ella se estremecía bajo la fiebre de sus emociones, suponía.

Capítulo 3

De Mi Padre

Mi padre olía a tabaco, a brandy, a una loción que nunca supe cual era. De barba y bigote prolijos. Blancos por la edad que les había hecho perder el color. Justo alrededor de la boca, el vello facial se tornaba un poco amarillo, a causa de su infatigable hábito de fumar. Nunca lo vi como un padre, sus escasos abrazos y cariños eran bien recibidos por mi, tenía pocos años, poca conciencia. Pensar en esa figura alta y delgada siempre me ha llevado a imaginar que mi padre fue un Alonso Quijano encarnado en alguien al que mi madre llamaba mi padre. Ya no lo hace, ahora ha tomado como sobrenombre "el señor que venía antes a la casa". Evoluciones del lenguaje y del corazón, supongo.

Llegaba por las noches, sin previo aviso. Llegaba y mi mamá lo hacía pasar a la sala. Alonso Quijano se sentaba y encendía un puro con ese ritual que todos los amantes a dicho producto comparten. Lo sacaba del bolsillo de su saco, le daba vueltas debajo de su nariz, oliéndolo, de otro bolsillo sacaba una especie de guillotina con la que cortaba una parte del cigarro, lo hacía sin siquiera preocuparse por cortar demasiado, maquinalmente, años de experiencia se reflejaban en ese gesto, se lo llevaba a los labios, lo abrazaba con ellos, de otro bolsillo, ésta vez de uno del pantalón, extraía un encendedor, de esos rectangulares que con abrirlos se encienden, la llama azul iluminaba su rostro con un frágil luz, lo acercaba apenas al habano y comenzaba a encenderlo, despacio, saboreando el proceso. Cerraba el encendedor y con éste, su rostro recobraba la iluminación habitual.

Mientras él hacía esto, mi madre se había apresurado a servir en una pequeña copa de cristal un poco de brandy. Nunca lo vi tomar otra cosa. Con el habano en los labios, tomaba con la mano libre (en la otra llevaba aún el encendedor) la copa, abría de nuevo el encendedor e inclinando un poco el brandy lo acercaba a la llama azul, el alcohol se encendía y durante unos escasos segundos yo observaba encantado los diversos colores que emanaban de la flama que se consumía dentro dentro del recipiente de cristal. Mi padre apagaba la flama y haciendo círculos con la copa en el aire, esperaba a que el brandy se enfriara.

Poco después del primer trago y con su aliento oliendo a esa mezcla fascinante de habano y puro, mi madre me pedía que me acercara a mi padre. Presumía mis calificaciones y mi buena conducta y mi padre me preguntaba como estaba. Siempre estaba bien. A los 10 años no se puede estar de otra manera ¿o si? Me hacía algún cariño en señal de aprobación, sacaba su cartera y me extendía un billete, nunca menos de 100 y aún

recuerdo que una víspera de Navidad fue el dueño de un billete verde con una cifra que en aquel entonces me parecía una fortuna. Doscientos pesos mexicanos rezaba el billete.

Un día Alonso Quijano no regreso más a la casa. Yo en mi corta manera de pensar no volví a preguntar por él. Mi mamá lloró mucho una temporada y un día solo se levantó de la cama, se sacudió las tristezas y el engaño y siguió su camino. Yo por mi parte tomé conciencia de que ese señor que un día se fue sin decir adiós era mi padre y la sensación de descubrir la facilidad con la que se había alejado me causó una náusea repentina para luego dejar lugar a una rara paz. Dicen que aún vive. Nunca lo he vuelto a ver, aunque a veces me pregunto cual sería mi reacción si la vida me hiciera tropezar con él. Supongo que mi padre no me reconocería, supongo que yo sabría reconocerlo por el olor que siempre lo acompaña en mis recuerdos.

Capítulo 4

(139)

Toda conversación que se precie de ser un final irrevocable debe comenzar por la siguiente frase "Tenemos que hablar" fría sentencia que detiene todo a su alrededor.

Joaquín camina despacio de regreso a su casa. Camina pegado a la pared, buscando el resguardo de una parte de su ser que se desmorona con cada paso; siempre ha visto estas escenas en las películas y le parecen el exceso de un dramatismo barato, ahora, él en la misma situación que los personajes de dichos metrajes, admite que caminar tan cerca de la pared le permite mantenerse en pie, no romper a llorar, de nuevo.

Tenemos que hablar ha sido pronunciado sin miras, sin contemplaciones y Joaquín solo puede permanecer en silencio mientras su corazón se va desgranando en varios pedazos (dejo de contarlos al llegar a la cifra de 139). Mientras camina no recuerda la conversación completa, ha debido dejar de escuchar cuando sintió que ya nada importaba, cuando no pudo sostener más la mirada y las lagrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. Siempre había jurado que no lloraría por amor (o desamor) y le duele en alguno de sus ciento treinta y nueve pedazos en que su corazón ahora ha transmutado, el verse llorando por ésta situación.

Yo a ti ya no te quiero y se acabo la conversación. Flota delante de él la figura difusa de su ex amante. Yo, ha tenido que dejar en claro que es ella la que se ha dado contra una pared insuperable al momento de sentir algo por él. Si Joaquín hubiera podido hablar (una mano enorme le atenaza la garganta y le impide deshacerse en súplicas y ruegos) le diría que él si la quiere, pero de eso nada, las palabras no son articuladas y él apenas logra llenar de aire sus pulmones a través de su garganta cerrada.

Si tan solo supiera que hay vuelta atrás correría hacia ella, entiende que ese ser que le impedía rogarle no tiene la fuerza necesaria para detener sus pasos, pero alguno de sus ciento treinta y nueve pedazos de corazón guarda un poco de conciencia y sabe que eso es imposible. Nuestra historia se acabo, por lo menos en algún momento ha hablado en plural, por lo menos Joaquín siente que esos dos años ha existido realmente, comenzaba a sentirse borrado, perdido.

Llega a su casa y abre con rapidez, se refugia inmediatamente en su cuarto y espera a que su madre le pregunte que si quiere algo de cenar para dejarse llevar por las lágrimas que ha guardado todo el camino. Algo dentro de él no le sienta bien a su nuevo presente, algo sobra y algo falta.

Extiende la mano y abre un cajón de la cómoda. Dos frascos anaranjados con etiquetas y una letra apenas comprensible ruedan por el rápido movimiento del cajón, un sonido metálico se confunde con el de las pastillas rodando. Joaquín sonrío, su escape de esta realidad está preparado...

“La cama se deshace, se vuelve líquida y lo envuelve con una rara textura, como si lo abrazara, su piel siente el frío tacto de aquel ser en que se convierte ahora su cama; cierra los ojos y la sensación se multiplica. Alguien lo besa en algún tiempo olvidado, siente su lengua moviéndose sobre la suya, tocando sus dientes, acariciando sus labios, resbala una mano por su pecho, por su abdomen... La sensación desaparece y lo deja tirado, exhausto, buscando a tientas la salida de esta cama que se vuelve de arena, que se vuelve roca y lo lástima, lo hiere, le desgarran la piel, las manos comienzan a arrancar pedazos de aquella montaña que lo detiene, abre los ojos y no ve nada, la oscuridad lo rodea y la cama es una simple cama, recostado no siente nada, nada más, respira, sigue ahí...

“Un piano suena a lo lejos, una batería, una guitarra, un violín... La música lo eleva, pierde densidad, se vuelve aire, se vuelca sobre la habitación de un lado a otro disfrutando de su inmaterialidad... Se eleva, se cuele por entre las paredes y escapa a la ciudad, arremete contra las personas robando un paraguas, un sombrero, una mirada indiscreta por debajo de las faldas... Se eleva a las estrellas, se acerca hasta casi tocarlas, siente la falta de oxígeno, mira hacia abajo y admira como la superficie terrestre se convierte también en un manto estelar, salpicado de estrellas artificiales, titilantes, pero no frías como las que le sonrían burlescamente... No te quiero... Lo gritan los astros, las estrellas fugaces se burlan de él, las estrellas se apagan, lo dejan solo, el frío lo comienza a materializar, deja de ser aire, viento, y se convierte en pequeños copos de nieves, comienza a caer lentamente, la temperatura aumenta, su cuerpo dividido se llama, se busca, se junta, se convierte en líquido, en gotas, la caída se intensifica, la velocidad lo convierte en un bólido, se vuelve lluvia, revienta su dolor en gritos, relámpagos y truenos es su ser desgarrándose mientras cae, una parte de él golpea el suelo, luego otra, luego otra, no se cansa de caer, no le duele... Abre los ojos y sigue ahí, la oscuridad lo rodea, la cama es una simple cama y sigue ahí...

“No hay nada afuera, no existe nada allá que lo detenga, mira dentro de él, encuentra regados por su cuerpo pedazos de su corazón, los sostiene entre los dedos y comienza a amontonarlos, le duele, le duele juntarlos, intentar mantenerlos unidos, los libera, los esparce de nuevo, nada importa adentro tampoco... Poco a poco comienza a tomar conciencia de su ser, de su cuerpo, inerte, inmóvil, del lugar en donde está, las manos húmedas, tibias, las muñecas le arden, abiertas dejan escapar de uno en uno los pedazos de su corazón, se van... 23... se nublan sus sentidos... 56... se pierde de nuevo en su interior... 81... afuera nada importa... 109...

adentro nada lo detiene... 121... nada detiene su vida que corre... 136... se
desvanece... 138... Joaquín deja de existir como se conoce... 139...

Capítulo 5

Solo Por Hoy

Que tranquila se ve la ciudad piensa mientras observa a través del cristal y exhala, buscando empañar el cristal y así darle un tono onírico a la imagen de la ciudad que recorre. El autobús se desplaza despacio, el conductor parece no tener demasiada prisa en recorrer su ruta. Supone que es mejor así, no lleva demasiada prisa, de hecho, por algunos segundos ha pensado en desistir, cancelar la cita, inventar algún motivo creíble y no presentarse. Pero su cuerpo se encoge al pensarlo más claramente y ese ligero espasmo le ayuda a decidirse, a permanecer sentado, esperando.

Se conocen hace poco. Algunos mensajes de texto, una llamada sorpresiva y la conversación derivó rápidamente en una dirección, una hora, un propósito. Pasa el dedo sobre el cristal empañado, escribe su nombre y sonrío. Le gusta ver como se refleja la luz de las farolas y de los escasos automóviles que circulan, difuminándose por efecto de su vaho. Borra su nombre y observa alrededor intentando ubicar el lugar en el que se encuentra. No conoce el rumbo, su interlocutor le ha dado algunas descripciones vagas sobre como llegar a su departamento, no ha creído necesario pedir demasiada información puesto que siempre ha sido bueno ubicándose. Sonrío mientras espera no perderse, aunque esa parte dentro de él que suele negarse a ésta clase de encuentros cruza los dedos esperando que algo le evite llegar a su destino.

Un enorme letrero rojo se perfila a lo lejos. Es una farmacia recuerda haber escuchado te bajas ahí y son tres cuadras hacia dentro. Se levanta del asiento y mientras recorre el camino que lo separa de la puerta de descenso del autobús una especie de aire frío lo golpea, su cuerpo se encoge de nuevo y su estomago comienza esa danza que lo suele aquejar al ponerse nervioso. Es solo una noche piensa para tranquilizarse si no te sientes a gusto te podrás ir, siempre has sido bueno para los pretextos piensa para tranquilizarse y mientras el autobús se detiene, las sensaciones disminuyen un poco.

Sí, siempre ha sido bueno para los pretextos, también para el estudio, para las mentiras pero sobretodo, para separar sus sentimientos de sus acciones. No recuerda como lo descubrió, simplemente un día lo supo. Tenía en su poder el control que le otorgaba el poder en sus relaciones, podría sentirse libre cuando quisiera, no conocer la culpabilidad, hacer lo que quisiera sin sentirse atado, sin entregarle a nadie que él no quisiera

su verdadero yo.

El número del edificio aparece ante sus ojos. Ha recorrido como un autómatas las tres cuerdas de camino. Se detiene y respira profundamente dos veces, su dedo toca el timbre del número del departamento donde lo esperan, respira por tercera vez mientras lo presiona. No existe respuesta por el intercomunicador, tan solo el zumbido que indica que la puerta ha sido desbloqueada. Empuja la puerta y comienza a subir las escaleras. Cuenta los escalones mientras sube, acto que le ayuda a tranquilizarse, mantener su mente ocupada, prepararla para la liberación.

La puerta del departamento está entreabierta. Una luz anaranjada se escapa a través del espacio. La empuja y se encuentra con una habitación enorme, la sala no existe, tan sólo un sillón raído ocupa el espacio. Varias velas iluminan el lugar, de ellas proviene la extraña luz, ese extraño contraste entre lo oscuro de la noche y lo anaranjado que emana de las velas.

Cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete. Sigue contando; han sido cuarenta y tres los escalones y tres descansillos los que ha enumerado; ahora continúa la cuenta para mantener a raya la sensación de huir de aquél lugar. Has venido a conseguir algo y lo vas a obtener la voz suena autoritaria y él no se siente sorprendido, es su otra voz interior, esa que lo lleva a lugares como aquellos, esa que lo posee apenas otro cuerpo entra en contacto con el suyo.

Un hombre entra a escena, se recorta en la tenue luz y una sonrisa aparece en su rostro pasa escucha hablar al extraño, esa voz no suena distorsionada, suena un poco nerviosa, suena mucho mejor en persona que a través de la línea telefónica. Camina hacia aquél hombre, pone un dedo en su boca para evitar que el hombre continúe hablando. No lo quiere escuchar, las palabras no son necesarias. Cercanos los dos cuerpos, la voz, la otra presencia dentro de él, toma control. Su mente flota, su corazón se separa. Ahora solo es carne, carne y placer mientras sus dedos comienzan a recorrer la espalda ajena, mientras sus labios se tocan por primera vez.

Sus lenguas luchan en la boca de uno, de otro, afuera mientras recorren sus labios. Sus manos parecen devorar la carne ajena por sobre la ropa. La desesperación del momento los lleva a desabrocharse como pueden las camisas, a lanzar los pantalones a un lado. La desesperación los lleva a mostrarse desnudos aunque ninguno observa el cuerpo del otro, sus ojos permanecen cerrados, no buscan conectarse, el tacto les ofrece un espectáculo de piel erizada, de sudor, de texturas. El olfato se niega a respirar un aliento sin sentido y bloquea sus receptores. El gusto solo prueba la saliva, sin sabor especial, tan solo saliva que se mezcla con la

propia.

Los cuerpos se tumban en el sillón. Buscan acomodarse en el pequeño espacio, se amoldan en una especie de complicidad contraria a todo aquello que buscan. Las manos se transforman en tentáculos, la saliva se extiende y se confunde con el sudor de la piel, las bocas se abren y cierran mordisqueando el otro cuerpo, las lenguas lamen y recorren el cuerpo ajeno. Pies y cabezas se mezclan, coordinados en el placer. Las otras presencias dentro de cada uno de ellos guían la danza, marcan el ritmo, hacen olvidar el tiempo.

La cabeza del otro baja, la lengua recorre su pecho, sus pezones se ven lamidos y mordisqueados, su abdomen se sume por la mezcla de sensaciones, sus piernas se separan para dejar espacio al otro. Él permanece con los ojos cerrados mientras siente en su sexo los labios, la lengua que lo acaricia de arriba a abajo, mientras siente como se adentra en la boca del otro. Y todo se vuelve sonidos, el sonido del exceso de saliva, de la fricción de sus manos, de la succión, de sus gemidos, de sus latidos desbocados, del placer descontrolado que pugna por escapar. Y por un momento abre los ojos, y observa el techo apenas iluminado, observa algo más allá del mismo, observa las estrellas que brillan ante sus ojos, observa la inmensidad del espacio y en esos escasos segundos, la presencia que lo posee se aleja, desaparece, lo libera, en esos segundos no se siente tan solo, en esos segundos la búsqueda por llenar ese vacío que lo controla, que lo vuelve vulnerable, se vuelve exitosa. No se encuentra solo, se encuentra en armonía con un universo ajeno a sus penas.

Todo eso ocurre mientras se vacía en la boca ajena, mientras corre como un río desbocado, mientras su boca abierta deja escapar un sonido extraño, un chillido, una suplica, un descanso. Mientras sus manos aprietan el cabello de la otra persona, mientras su piel exuda placer puro, mientras su respiración se detiene, mientras los dedos de los pies se constriñen en otra señal de placer.

Cierra los ojos de nuevo y su cuerpo recupera su estabilidad. El otro hombre libera su miembro, que comienza su decrecer; el otro se encuentra en las puertas de su propio placer, y mientras lo alcanza, las mismas señales físicas que él ha experimentado se muestran en el cuerpo que observa y piensa en lo patético de ese momento, en el momento en que se alcanza el orgasmo, y sonrío al verse reflejado en aquél ser.

¿Te vas? Escucha poco después mientras se viste. Sí, tengo que irme responde y su voz suena fría, seca; esa misma voz que lo ha traído hasta aquí ahora solo busca salir de ahí, busca su propio lugar, un lugar que no huela a sexo, que no le provoque náuseas.

Mientras observa el letrero rojo se ciñe la chamarra, hace frío y su cuerpo se encuentra frágil. Por hoy podrá cerrar los ojos y descansar, mañana será una nueva lucha con esa voz, con ese vacío, con esa falta de sensaciones. Por hoy, solo por hoy piensa y cierra los ojos, respirando el aroma de la noche.

Capítulo 6

El Otro Hombre De Mi Vida

Alguien ha llegado a mi vida. Sin siquiera esperarlo ni buscarlo, de pronto ha aparecido; mirarlo a los ojos como el primer contacto ha sido una sensación que pensaba olvidada. El hombre, creo que se llama Sebastian, o por lo menos tiene cara de Sebastian, no nos hemos presentado, supongo que él también debe de haberle puesto un nombre distinto a mi cara, ¿de qué nombre tendré cara?.

Me ha mirado y yo a él. Fue una mirada simple, sin ningún interés, como sueles mirar a una mesa, así de simple, casi se podría decir que sin sentido. Ha sido lo que me ha atraído más hacia su órbita, la falta de interés, que no me ha comido con la mirada, que no ha buscado en el contacto visual la esperanza de un contacto físico, no ha buscado siquiera una conversación, sólo me ha mirado y no ha dicho más. Lo miro. Observo sus rasgos, los labios delineados por una barba y un incipiente bigote, la nariz que abre y cierra las fosas nasales a un ritmo acompasado, los ojos que se esconden detrás de unos lentes, la frente con el justo tamaño para equilibrar la cara. Mis ojos sólo se concentran en observarlo sin perder el contacto visual. Esa mirada me mantiene en vilo.

Estoy cerca de él. No ha sido difícil acercarme hasta donde se encuentra puesto que pocos metros nos separaban. Él se ha acercado a mí, casi como si uno flotará irreversiblemente hacia el otro. Dos astros. Una posible colisión. La trampa de la gravedad, más fuerte una mirada que la fuerza que une al universo. Pienso y sonrío de mis ideas, no me deja el romanticismo. Él también sonrío, por cortesía para responder a mi sonrisa o porque en verdad ha encontrado algo que le ha gustado. ¿También me habrá observado cómo yo a él?

Comienzan mis inseguridades. Me detengo. Él se detiene. Me quedo parado, cerca de él pero no lo suficiente cómo para poder escucharnos si, acaso, lleváramos esto al nivel de las palabras. Quiero escuchar su voz pero me encuentro detenido por una fuerza extraña. ¿Y si no le gusto? ¿Y si no me gusta? ¿Prefiero dejar este encuentro hasta este nivel? Sin decepciones, un bonito acercamiento a algo que pudo ser y que el destino ha querido reservar a ser una simple ocurrencia. La noche en que he encontrado al otro hombre de mi vida.

Cierro los ojos. Perdido el contacto visual la fuerza que me atraía hacia él pierde fuerza. También pierden fuerza las inseguridades. Todo parece mucho más fácil en esta oscuridad inventada, desgarrada por luces de colores que traspasan a mis párpados. Germina en mí la idea del otro

hombre, del complemento. ¿Estoy dispuesto a no darme esa oportunidad? ¿A no dársela? ¿A no dárnosla? Sonrío de nuevo, aunque supongo que mi boca más que sonreír ha presentado una especie de mueca extraña, suelo no tener mucho control de mi sonrisa, en sí, de mis labios y boca en general. Comienzo a pensar en un "nosotros" que aún no existe y al cual, si no abro los ojos, no le habré dado la oportunidad siquiera de empezar. Abro los ojos.

Sigue ahí, parado. Sonriendo. Mi mueca se acomoda y ahora presenta una sonrisa, creo. Mi cabeza se limpia, ya no creo tanto en mis inseguridades. Camino hacia él. Estamos cerca. Muy cerca. Si estiro mi mano podré tocarlo. Pero me detengo, no hemos hablado aún y cruzar la barrera del contacto físico sería demasiado. Mi corazón se ha acelerado, su loción llega hasta mí. La noto recorriendo mis entrañas, buscando sitio para impregnarse. Suspiro en un afán de calmar al corazón y expulsar su olor de mí antes de que se poseione de algún recuerdo. Seré tonto.

Busco de nuevo sus ojos. Los encuentro detrás del cristal de sus lentes. Me pierdo en su mirada. Suspiro de nuevo. Mi sonrisa no se borra de mi rostro y él, Sebastian, el otro hombre de mi vida, se da media vuelta y comienza a alejarse. El corazón se me detiene. Dejo de respirar. Un frío me recorre. Se aleja.

Yo me quedo parado ahí, inamovible. El tiempo ha parecido detenerse mientras él se va. Mi mirada busca en vano la suya, el espejo no regresa más mi reflejo. El otro hombre de mi vida, ese ser que habita dentro de mí, me ha dado la espalda. Se difumina en el cristal y yo entiendo que el encuentro sólo me ha preparado para iniciar una nueva búsqueda. Levanto la mano y con los dedos acaricio el espejo. Se desvanece frente a mí. Doy un paso y me adentro en una nueva realidad. En la que ahora, soy el otro hombre de mi vida.

Capítulo 7

Le encantaba mirar el cielo mientras se iluminaba de distintos colores por los fuegos artificiales, miraba embelezado como el pequeño punto de luz explotaba en rojos y verdes combinados, *"los dorados siempre son los mejores"* aseguraba sonriendo poco después del espectáculo. Yo lo miraba mientras esperaba a su lado que el show terminara, a regañadientes asistía una y otra vez a escuchar la misma sintonía de explosiones perdiendo poco a poco el encanto de observar su perfil iluminado con haces de oro.

Sonreía. Siempre me encantó su sonrisa y su risa contagiosa lograba que mi ansiedad disminuyera. Siempre traté de hacerlo feliz y en cada intento nos fuimos desgastando. ¿Y sino quería ser feliz? ¿Si lo obligué a serlo a regañadientes?. A su lado nada podía ir mal, el sonido de sus pasos al acercarse a la habitación, el calor de su cuerpo junto al mío al mirar la televisión, el olor de su aliento cuando nuestros labios se tocaban, primero lentamente y después arrebatándole al tiempo los segundos, buscando deternos el uno en el cuerpo del otro.

Estoy seguro que en algunas ocasiones detuvimos el reloj; que el exagerado movimiento de nuestros pechos, la falta de espacio entre las pieles, la oscuridad que nos envolvía con nuestros ojos cerrados, lograron, en algún momento, hacer que el tiempo se detuviera a observar como nos desgastábamos mientras devorábamos el ansiedad de tenernos para el otro.

Todo parece indicar que una vez que la danza de cuerpos se detenía, mientras dormía entre sus brazos, el tiempo se aceleraba recuperando los momentos perdidos. Al despertar ninguno notaba que ya no éramos los mismos de algunas horas atrás, nuestro amor se había ido fugando al ritmo del reloj y con él, se iba también la sonrisa y el brillo de sus ojos.

Nervioso le dije la primera vez que lo amaba, que no sabía

Nada podía ir mal hasta que nos dimos cuenta que navegábamos con rumbo

Raíces

- Les voy a contar un cuento...

Quiso decir el abuelo, supongo, pero se ahogó en sus palabras, la saliva le llenó las comisuras de los labios y gracias a la tos que le causó, salió expulsada hacia nuestros rostros que lo miraban expectantes. Se llevó el pañuelo a la cara, ese pedazo de tela que siempre llevaba guardado en la bolsa izquierda del pantalón, en el bolsillo derecho llevaba las llaves del viejo Ford 47 que se había comprado en su juventud y que por momentos visitaba, sentándose al volante, insertando las llaves e imaginando con sus pensamientos divagantes que manejaba por las calles de lo que antes era la ciudad de sus días.

La abuela vino despacio, como solía moverse por la casa, sin hacer ruido aunque arrastraba los pies cansados por la edad, desgastando las suelas de sus zapatos; el misterio de su lento andar permanecería mucho tiempo en mi mente, dando vueltas sin encontrar respuesta, ¿por qué los viejos se movían tan despacio? Hasta que un día, fui testigo de como una fuerte ráfaga de aire entró por la puerta principal de la casa, abriendo las ventanas y reventando los capullos de las rosas que mi tía tan celosamente cuidaba, llevándose a la abuela que se refugiaba en un rincón. Ese día la abuela se voló juntos con las hojas secas, enfrascada en una pelea eterna contra la rapidez del tiempo.

La abuela se acercó al abuelo y lo abrazó, curando con su cariño la tos del abuelo; nosotros quisimos salir corriendo en dirección contraria, Javier se limpiaba la saliva lanzada a su cara con la manga de su suéter por lo que no logró despejar rápido y se quedó atrás, siendo alcanzado por la mano temblorosa pero imponente del abuelo. Los demás corrimos directo al jardín, recorrimos la distancia brincando sobre los muebles como si fueran obstáculos de una carrera olimpica, Carlos siempre llegaba al último por lo que en esta ocasión decidió tomarse el tiempo de ajustarse las agujetas de sus zapatos.

Carlos siempre fue un niño precavido, demasiado para su edad nos parecía a los demás primos; siempre peinado de la manera correcta para demostrar su personalidad tranquila, siempre dispuesto a regalarle una sonrisa a cualquier persona. Con el tiempo se convirtió en actor y estuvo a punto de ganar un importante premio sino hubiera sido porque el destino le tenía preparada una broma. Ese día decidió levantarse un poco más tarde de lo normal, silenció el reloj despertador y cerró los ojos mientras sonreía porque ese día anunciaban a los nominados al premio al mejor actor. Su vecina también se había quedado dormida, después de haber dejado todas